

DISCURSO INAUGURAL

LEIDO

EN LA SOLEMNE APERTURA

DE LOS ESTUDIOS

DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA,

EL DIA 1.º DE OCTUBRE DE 1865.

POR EL DOCTOR

DON MAMÉS ESPERABÉ LOZANO,

CATEDRÁTICO NUMERARIO

DE LA

Facultad de Filosofía y Letras.



SALAMANCA:

IMPRESA Y LIBRERÍA DE DIEGO VAZQUEZ,

Impresor y librero de la Universidad literaria
y del Instituto de 2.ª enseñanza.

1865.

TEMA.

La unidad, no la contradicción, es la ley fundamental de los sucesos y de los conocimientos humanos.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

ARDUA es la empresa que se ha confiado á mi dirección, gravísimo el cargo que pesa sobre mis débiles hombros en estos momentos solemnes. Desplegar á los ojos de una juventud ansiosa de saber, radiante de esperanza, ávida de gloria, el vasto y magnífico panorama de los conocimientos humanos, llevar la voz y sostener ante la faz de la nación española el nombre de una Escuela tan justamente celebrada en la república de las letras por sus escritores

antiguos, por sus maestros esclarecidos, por los servicios prestados á la ciencia y por las victorias alcanzadas en cien palenques literarios; desenvolver en fin con la solidez y brillo que el alto puesto requiere un asunto que sea digno de este ilustre Gimnasio, de la presente solemnidad y de la numerosa y escogida concurrencia que me escucha, es tarea capaz de arredrar el corazón mas animoso y esforzado, y para cuyo feliz desempeño serian necesarias fuerzas superiores á las mias. Solamente sacrificando la repugnancia de mi voluntad en las aras de altos deberes, que me es preciso cumplir, y de mandatos superiores que debo acatar, es como puedo yo, el último de los profesores de esta Escuela, ocupar un sitio que otros han ilustrado con su elocuencia y con su saber.

Para dar interés á la solemnidad académica que nos ha reunido hoy bajo las bóvedas de este templo de la ciencia, ocasion oportuna seria esta de dilucidar, á imitacion de las Academias mas importantes de Eutropa, un tema de utilidad permanente ó para la ciencia misma, ó para el gobierno y direccion del Estado, ó para el progreso de la enseñanza. Pero si es glorioso al piloto de la ciencia lanzarse en el mar de las investigaciones por derroteros nuevos en busca de playas desconocidas, el mundo no puede con el polvo de muchos Colones, como ha dicho un ilustre y profundo escritor contemporáneo. Bien podria tambien, siguiendo el ejemplo de celosos y entendidos profesores, enumerar los beneficios inmensos que debe la sociedad al cultivo de las letras, ó exponer algunas conside-

raciones acerca de las varias facultades y asignaturas en que está dividida en España la pública enseñanza, ó analizar sus métodos y fijar las reglas que deben guiar al discípulo, á ese nuevo Telémaco del saber, en su viaje por la carrera que emprende con tanto ardor como inesperecia; pero despues de tan eruditas, elocuentes y oportunas elucubraciones, mi trabajo solo seria la segunda y tosca edicion de una obra que ha visto ya la luz en tipos variados y elegantes.

Concretándome, pues, á exponer algunas de las inmensas relaciones que unen en un solo tronco, en un solo árbol, las diversas ramas del saber, á indicar la ley fundamental que preside el desarrollo de los sucesos y de los conocimientos humanos, la unidad, solo á un fin aspiro, á cumplir el deber reglamentario; un solo mérito ambiciono en mi discurso, la brevedad; y un solo motivo me alienta, la confianza, el convencimiento de que la indulgencia es compañera inseparable de la ilustracion.

La antigüedad pagana no concebía en las relaciones que unen entre sí á los hombres otra ley que la fuerza, porque no tenia conciencia de la unidad humana. La falta de este sentimiento se revela en la religion, en la familia, en las leyes. El culto, ensangrentado por los sacrificios humanos, estaba en uso entre los bárbaros, los galos, los germanos, los scitas, los pelasgos: la raza fenicia, la mas industriosa del mundo antiguo, era tambien la mas cruel; para que los dioses le fueran favorables, les sacrificaba lo mas caro que hay en el hombre, su pro-

pia sangre. Los griegos, célebres por la dulzura de sus costumbres, inmolaban antes del combate á los que ya habian hecho prisioneros: la misma Roma que tuvo la gloria de imponer á los vencidos la abolicion de los sacrificios humanos los habia practicado en circunstancias peligrosas; y aunque el sello del dualismo resaltaba en su constitucion, destinados los romanos á imponer la unidad al mundo, comenzaron por organizarla en el interior de la ciudad; unidad incompleta, es verdad, pero que revela en el pueblo rey tendencias mas amplias que las de las democracias griegas, mostrándose menos exclusivos que estas, tomando del pueblo heleno muchas de sus instituciones, concediendo derechos á los vencidos y asimilándoles á los vencedores, para realizar de este modo la obra inmensa que en vano intentarían los conquistadores del Asia y el héroe de Macedonia.

Pero la fuerza no puede erigirse en principio supremo del gobierno de los pueblos, porque el pueblo pereceria muy pronto en el desbordamiento de la violencia. Hay en las naciones, como en los individuos, un instituto de conservacion que les impide destruirse entre sí como bestias salvages: hay la voz de la naturaleza que el hombre, por bárbaro que sea, no puede enteramente apagar: de estos gérmenes saldrá mas tarde la idea de un lazo que una á individuos y naciones bajo la enseña de derechos y de deberes comunes. El instinto de esta comunión se revela ya en los tiempos primitivos, pero no se manifiesta bajo la forma de una relacion juridica, se confunde con el sen-

timiento religioso. Los anales de la mayor parte de los pueblos antiguos nos presentan la religion mezclada con la guerra, y ensayando introducir en ella la justicia y la humanidad. Se tomaba por testigo á los dioses antes de comenzarla; se cimentaba la paz por su invocacion; los heraldos, colocados bajo la proteccion divina, eran agentes de paz y de concordia; el pueblo conquistador por excelencia tenia un colegio de sacerdotes que sometia las luchas de la fuerza á formalidades y á reglas. La religion puso el primer límite á los derechos del vencedor; podia destruir, devastar las cosas humanas, pero debia respetar los templos y las cosas sagradas. Las personas participaron tambien de esa influencia bienhechora; las castas y la esclavitud, que nosotros maldecimos hoy dia, fueron entonces un beneficio para los vencidos; admitiéndoles en la organizacion de la sociedad, aunque con las condiciones mas envilecidas, el vencedor les aseguró al menos la existencia fisica; y el esclavo occidental fué un progreso sobre la condicion de las castas inferiores del Oriente. Una mancha original infama al sudra; solamente Dios le puede elevar á una casta superior en una existencia futura. El esclavo griego puede ser libertado; y la libertad le hace entrar en la sociedad de sus dueños: mejórase en Roma su condicion, y el liberto llega á igualarse al ciudadano. Cesando el vencedor de atentar contra la vida del vencido, el interés y la humanidad le llevarán á respetar no solamente su vida sino tambien su libertad, haciéndole pagar su rescate ó empleándole en trabajos útiles. La Grecia no

se elevó mucho sobre esta especie de servidumbre: Roma dió el gran paso hácia la asociacion; preparó la fusion de las razas enemigas concediendo á los vencidos derechos que les acercaban á los vencedores; los pueblos que se habian desgarrado largo tiempo por medio de sangrientas guerras, acabaron por confundirse en la gran unidad romana.

Pero no nos hagamos ilusion con esta unidad. La paz del imperio tan celebrada por los poetas era una falsa paz; ocultaba una lucha á muerte: habia de ser turbada luego por los bárbaros que se agolpaban en las fronteras, impacientes por ocupar asiento en el banquete de un rico é inmenso botin, en el banquete del mundo civilizado. Entre Roma y los bárbaros la guerra fué permanente y se hacia sin piedad: fué necesaria la invasion de los pueblos del norte, fué necesaria una religion nueva y una nueva civilizacion, para que la verdadera unidad, la unidad humana, fuera reconocida y entrara en la conciencia general; idea fecunda que se abrió paso por las encarnizadas luchas de los pueblos, que desde entonces pudieron esperar, siquiera cómo ideal, que las guerras fueran disminuyendo para cesar en el último límite del perfeccionamiento del género humano.

El mundo antiguo y el mundo moderno representan las dos grandes fases por donde ha pasado la historia de la humanidad. La ley inmutable del progreso que preside á la ley histórica de la ciencia, esculpida en las obras de la creacion, ha tenido en todos los tiempos y en todos los pueblos la manifestacion clara que plugo al Criador en sus

eternos designios señalar para que el hombre, cumpliendo su destino, se reflejara en ella como refleja su imagen en las cristalinas aguas á la luz del refulgente sol. El mundo no está abandonado á la fuerza ni á la astucia, sino que hay un gobierno providencial de las cosas humanas que es la base de la filosofía de la historia, ciencia al menos hasta San Agustin que sentó los principios y trazó el plan en su obra *de la ciudad de Dios*, completamente desconocida de los antiguos, porque los paganos no tenían sinó muy oscura conciencia de la intervencion de la Providencia en la vida de los pueblos. La accion de la Providencia no amengua en nada nuestra libertad, antes al contrario hace mas grave la responsabilidad de nuestros actos; de tal manera que por ser un hecho providencial no se deduce la justificacion de los hombres que en él han intervenido; su responsabilidad se determina por la libre conformidad ú oposicion á la ley del deber. Por eso consideramos al fatalismo como la mas triste y la mas falsa de las doctrinas, como que es la doctrina de la ignorancia y de la imprevision; no puede reinar mas que en las sociedades donde no hay ni inteligencia ni sentido moral: es por lo tanto la gran losa que pesa sobre ese gran sepulcro que se llama el Asia. Y hasta el mismo gobierno providencial está sometido á una ley que Dios nos revela en la sucesion de los acontecimientos, la gran ley del progreso. En vano los hombres del pasado tratan de negar esta gran conquista de la civilizacion: el mundo marcha y en su movimiento arrastra hasta á los partidarios de la inmovilidad.

Por poco que meditemos en el asunto, veremos que la historia de la civilización no es más que el desenvolvimiento progresivo del género humano hacia la unidad. La monarquía universal hacia la cual tendía el mundo antiguo fué en realidad la tumba de la antigüedad. El imperio romano enervó las fuerzas de las naciones occidentales, y facilitó la conquista de los bárbaros: la invasión de los bárbaros abrió una nueva era para la humanidad; y al mismo tiempo que los pueblos del norte se apoderaban del imperio romano, el cristianismo destruía los cultos de la antigüedad; el Hijo de Dios vino á abolir el culto de las mil y una divinidades falsas que adoraban los antiguos; y el derecho público europeo en la edad media basado en la unidad de creencias, en medio del caos del feudalismo y al través de la variedad de fisonomía, de lenguas y costumbres que presentaban aquellos pueblos, realizaba la unidad absoluta en el dominio de la fé. Este es su carácter esencial. Los pueblos antiguos estaban divididos porque adoraban á Dios en sus manifestaciones diversas, en lugar de adorarle en su unidad: los pueblos modernos la conciben como el último objeto de sus esfuerzos, porque el cristianismo les enseña que todos los hombres proceden de un mismo tronco, y todos están llamados al mismo fin.

Poco importa que el error se enseñoree y usurpe el sitio de la verdad. Todos los hechos del mundo son impotentes contra la justicia y contra la razón: en vano se mostrarán triunfantes, porque este triunfo es efímero y pasajero, como fundado en base deleznable y falsa: la

dominacion de la fuerza es un trono de cañas que arrebató el viento de la tempestad; es un cetro que rompe la lima del tiempo entre las manos del que le empuñó. Es imposible de toda imposibilidad, repito, que el hecho reine definitivamente sobre la razon que es el derecho: el derecho viene de Dios, en tanto que los hechos que lo destruyen vienen de los hombres cuyas obras, cuando no se apoyan en la justicia, caen desplomadas por el peso de su misma debilidad.

Cierto que se ha abusado en todos tiempos de la razon, de la palabra, de la libertad, de la ciencia, de la autoridad, de la filosofia; pero cuando el horizonte se oscurece, nunca son perpétuas las sombras; el sol de la verdad concluye siempre por disipar las nubes que enturbian su brillante luz.

Admitese generalmente en la ciencia un principio supremo que es la condicion de todo pensamiento y de todo conocimiento y que parte de la legitimidad de las operaciones intelectuales. Segun ese principio un pensamiento no debe negarse, y por decirlo así anularse á si mismo: este principio es el principio de contradiccion que Kant ha

llamado de identidad y que puede ser enunciado del modo siguiente: una cosa debe ser idéntica á sí misma, ó bien, una cosa no puede ser otra que ella misma, al mismo tiempo y bajo la misma relacion: principio que se nos dá como expresando la regla suprema del conocimiento y de la verdad. Hállase en la cuantidad y la cualidad de las proposiciones que en la aplicacion engendra esas teorías opuestas, una de las cuales, siguiendo la escala ascendente de los términos, busca el principio de la demostracion, la causa y lo absoluto, en el atributo y en el mas alto género; y la otra, siguiendo la escala descendente la busca en el sujeto y la especie, y llega hasta el individuo.

Este es el famoso principio de contradiccion y de *exclusi tertii* que la ciencia erige en principio absoluto del conocimiento. Para mí no tengo inconveniente en afirmar que este principio es la fuente de los errores mas funestos y mas inveterados, y que opone una barrera insuperable al conocimiento sistemático y verdaderamente racional. Hasta sus mas ardientes defensores en la antigüedad caen en las mayores inconsecuencias. Despues de haber asentado este principio le pierden de vista y admiten teorías que están en oposicion con él; como cuando tratan de conciliar la teoría de la division con el mencionado principio.

Nada hay, dicen los modernos, á que la razon y la experiencia dén mas mentís que al principio de contradiccion, y si se hubiera de admitir como ley de verdad deberíamos afirmar que no ha sido convenientemente com-

prendido. Que una cosa no pueda ser otra que ella misma, ó que no pueda poseer una cualidad contraria á otra, esto es, que no pueda poseerla al mismo tiempo y bajo la misma relacion, como un cuerpo que es blanco no puede ser negro, ó un cuerpo que es pesado no puede ser ligero al mismo tiempo que es blanco ó pesado y con relacion á otro cuerpo al cual se compara, es cosa que no podemos poner en duda. Y si este es el sentido del principio de contradiccion, debemos convenir en que carece de valor científico; porque nadie se atreverá á afirmar que una cosa que es blanca no lo es, ó que la luz no es luz ó que la sombra no es sombra. Pero la cuestion es saber si la contradiccion es una ley necesaria de las cosas, un principio absoluto, que dirige el todo y las partes, y sin el cual ni las partes, ni el todo pueden existir. Poco importa saber que el ser vive realmente mientras vive, ó que tal individuo existe viviendo; el punto esencial y decisivo es saber si al lado de la vida existe la muerte, y si la muerte es igualmente necesaria é igualmente benéfica, y si contribuye del mismo modo á la belleza, á la conservacion y á la armonía de las cosas. Además sería un insensato el que dijera que el hombre llora cuando rie, ó que vela mientras duerme; pero aquí tambien la verdadera cuestion es saber si estas oposiciones existen y deben existir en el hombre.

Una escuela alemana sostiene que esta es la verdadera significacion del principio de contradiccion y pone de manifesto lo que hay de falaz é irracional en el sen-

tido y uso que de él hacian los antiguos; que lejos de ser la identidad y la no contradiccion la regla de lo verdadero, son una fuente de ilusion y de error; que la oposicion y la contradiccion constituyen la ley universal de las cosas y que nada existe en el mundo que no esté sujeto á ésta ley. En la naturaleza, dice esta escuela, todo es contradiccion y lucha, y no hay ni puede concebirse ser, desde el oscuro insecto que rastrea la superficie de la tierra hasta las vastas masas que ruedan en el espacio, que pueda existir sin la presencia de elementos, de tendencias y de fuerzās opuestas. En las Matemáticas la oposicion está en el número, en la linea, en el plano y en los sólidos. La oposicion de la unidad y de la dualidad, del número par y del número impar, del número entero y del número fraccionario, de la linea recta y de la linea quebrada, de la linea perpendicular y de la linea vertical. En el dominio de la moral encontramos las oposiciones de la libertad y de la necesidad, y el antagonismo de las tendencias y de los motivos de la accion. En la metafisica y en las demás esferas del pensamiento encontramos las oposiciones de causa y efecto, sustancia y accidentes, infinito y finito; y si consideramos al hombre verémosle compuesto de los elementos mas divergentes, de alma y cuerpo, de alegría y tristeza, de amor y ódio, de risa y llanto, de salud y enfermedad; y que no hay uno entre todos los seres en quien la contradiccion y la lucha sean tan intensas. Y por último, concluye esta escuela, cualquiera que dirija una

mirada imparcial y atenta sobre el universo verá que, lejos de que la falta de contradicción sea la ley fundamental de las cosas, cuanto mas numerosas y mas profundas son las contradicciones en un ser, mas llena es su existencia y mas alta es su perfección.

Si la ocasión, Ilustrísimo Señor, nos permitiera tratar el asunto con la extensión que su importancia reclama, probaríamos hasta donde nuestras débiles fuerzas alcanzaran que el principio de contradicción es arbitrario é irracional considerado en si mismo y en su significación abstracta, y que igualmente debe serlo en su aplicación pervirtiendo en la ciencia las nociones naturales y verdaderas de las cosas y engendrando la confusión, el error y los falsos hábitos intelectuales.

Esta ley es la ley del paganismo, de las castas, de la desigualdad y de la violencia, la ley de las gerarquías asiáticas aplicada primero al principio creador para estenderla luego á todas las formas é intereses sociales. Tuvo su época el mundo antiguo; como el mundo moderno tiene también la suya, la unidad. La unidad es legítima, necesaria, no como fin sino como medio. El

fin es el desenvolvimiento, la perfeccion de las facultades de que Dios ha dotado al hombre; mas para desenvolverse, hasta para vivir el hombre debe estar unido á sus semejantes. El lazo que une á los hombres llega á ser mas general á medida que realiza el progreso. La unidad comienza por la familia, comprende despues la ciudad, la nacion y concluye por estenderse á la humanidad. Pero en la organizacion de la familia, de la ciudad, de la nacion y de la humanidad, no se puede prescindir del desenvolvimiento del individuo; y en este sentido decimos que la unidad es necesaria como medio. Los mas grandes genios con que se honra el género humano proclamaron ó al menos entrevieron esta verdad. Aristóteles, como Platon, examinando el principio de contradiccion, piensa en la unidad de la ciencia y amalgama la lógica y la metafísica atribuyéndoles los mismos principios y el mismo orden de investigacion. En la edad media el ilustre poeta que se ha inspirado en la filosofía católica, el Dante; ha escrito un tratado sobre la monarquía, donde sienta el principio de que la paz es necesaria á los hombres para que puedan realizar su mision sobre la tierra y que únicamente puede procurarla la organizacion unitaria de la humanidad. En los tiempos modernos ha emitido las mismas ideas en esa tierra prometida de las teorías, donde, fuerza es confesarlo, existe un gran movimiento científico y literario, el mas universal de los pensadores, Leibnitz. Y aunque en la primera mitad del presente siglo una escuela de filosofía ha tomado á su

cargo explicarlo y construirlo todo por medio de fórmulas metafísicas, no faltan entendidos pilotos que con destreza y maestría dirigen la vacilante nave, con rumbo fijo, en busca del prometido puerto de salvacion.

No obstante que los discípulos de Hegel aplicaron al derecho internacional lo que del estado habia dicho su maestro, vemos la unidad representada en el estado humanitario de algunos escritores alemanes; segun los cuales las naciones estarán sujetas á un estado, representante de la humanidad, como los individuos están hoy sometidos á un estado particular; en este caso no habria cuestion acerca de la soberanía, ni de la independenciam de las naciones, puesto que no habria mas que un solo soberano que es ese mismo estado representante de la humanidad. La teoría hegeliana se sirve, por lo tanto, de la analogía que establece entre las naciones y los individuos para arrebatar á las naciones la soberanía de que gozan trasladándola á la humanidad: pero nada tiene de comun con la violencia; supone que el estado universal se establece por las leyes inherentes á la humanidad, como se han fundado los estados particulares por una necesidad de la naturaleza humana. Hay, pues, un progreso evidente en la unidad que podemos llamar filosófica. Salva el elemento individual y no vicia la sociedad en su esencia; porque decir que las naciones son en la humanidad lo que los individuos en el estado, es reconocer á las naciones derechos de que no puede despojarles la humanidad, como los individuos tienen derechos naturales inalienables é im-

prescriptibles que el estado, lejos de absorber, tiene que garantizar y proteger.

Hay una unidad superior á aquella que tiene su principio y su sancion en la ley y en la fuerza que la acompaña; esta es la unidad que se funda en creencias iguales, en ideas é intereses comunes. Tal es la unidad hácia la cual marchan las naciones civilizadas. Esta unidad podrá tomar un día formas exteriores, pero no será una unidad como la de los estados actuales; descansará en el concurso voluntario del consentimiento, será el resultado del contrato, no de la ley: ó de otro modo la unidad se establecerá por medio de la asociacion libre, asociacion que dejará intacta la soberanía de las naciones y garantizará su independencia.

«La ciencia tiene un objeto, y su unidad consiste en la unidad de su objeto. El objeto es desde luego concebido en su unidad, en su esencia una y entera, según la ley de la tesis. Pero esta unidad se espresa todavía de otra manera: cada ciencia debe tener su principio: el principio de una ciencia es precisamente su objeto, en tanto que ese objeto, considerado en su esencia una y entera, contiene en sí y bajo sí todas las determinaciones ulteriores que están reservadas al análisis; porque todo está en el principio, bajo el principio y por el principio en cada division de las cosas. Se puede decir del principio de la ciencia, puesto en relacion con los detalles de la ciencia misma, proporcionalmente lo que los teólogos dicen de Dios con relacion al mundo.» *Ex ipso et per ipsum*

et in ipso sunt omnia. «Así se espresa uno de los mas distinguidos discípulos y expositores de Krause. D. Alembert viene á decir lo mismo en el prefacio de la Enciclopedia:» Si el hombre lo conociese todo, todo se resumiría para él en una sola verdad. «Dé donde podemos concluir que todos nuestros pensamientos relativos á la geometría se resúmen en la noción del espacio, como los relativos á la mecánica en la noción del movimiento, como los que hacen referencia á las matemáticas, al arte, á la ciencia, á la sociedad, en las nociones de la cantidad, de lo bello, de lo verdadero, de lo justo; y los que dicen relacion á la realidad, cualquiera que sea, en la noción del ser. El espacio, el movimiento, la cantidad, lo bello, lo verdadero, lo justo, son los principios de otras tantas ciencias, así como Dios es el principio de todo lo que existe.

Dios es el objeto supremo de la filosofía y el fin último de todas las ciencias. En los cedros del libano y en los arbustos que en pocos dias florecen, se marchitan y secan, en el cetaceo y en el mas diminuto de los peces, en el arador y en el elefante, en el grano de arena y en el astro que rueda sobre nuestras cabezas, y especialmente en el hombre, ha dejado al criarles impresa su imagen ó la huella de su accion criadora; y todo este conjunto de seres ordenados en peso, medida y número, enlazados entre sí con miles de relaciones, de inferioridad y superioridad un género á otro y una á otra especie, y de semejanza los individuos de una especie ó de un género, forman el mundo, la creacion, esa unidad relativa

que se vá descomponiendo gradualmente desde el espacio hasta el punto geométrico, desde el tiempo en general hasta el instante, el firmamento en sistemas ó grupos de astros, la tierra en sus tres reinos animal, vegetal y mineral, y toda universalidad en sus individuos respectivos. Al estudiar todos esos diversos órdenes la ciencia, aunque por la limitacion del entendimiento humano, necesita ramificarse en tantas secciones como puntos de vista ofrece el gran panorama de las ideas y de la realidad; cuanto mas penetra y se estiende la investigacion, surgen y se descubren relaciones nuevas; y por un fenómeno singular se reunen en el centro con mas estrecha lazada, cuanto mas se ensancha la circunferencia. A la luz de esta observacion fácil nos es encontrar la base de la unidad y universalidad de los conocimientos humanos.

Si todo está dentro de universalidades, podemos establecer la unidad en las operaciones mentales. La ciencia es una porque uno y solo uno es el criterio de demostracion. Unas son las humanidades porque uno es el medio de estudiar la palabra. Unas son las bellas letras porque uno es el medio de referir los hechos á la memoria. Unas son las artes porque uno es el medio de la imitacion. Una es la autoridad porque uno es el medio de creer.

Y para demostrar estas verdades, Ilustrísimo Señor, me permitiré señalar algunas de las muchas huellas que en el palenque de la historia, es decir en el palenque del género humano, dejó estampadas aquella filosofía. La ley de la contradicción no solo hacia distinción sino que dividió la naturaleza, el ser, el espíritu: dividió la idea de una causa creadora, inventando monstruosamente un mundo de luz y un mundo de tinieblas, representados por el Ormuzd y Arhiman de la religión de Zoroastro: dividió la gloria, inventando un infierno tan grande y poderoso como la gloria misma: dividió á Dios, inventando un genio del mal tan grande y poderoso como Dios mismo: consecuentemente dividió la naturaleza del hombre; rompió la unidad de la creación, la unidad sublime del Génesis: rompió la unidad de la especie humana que hoy admiramos en la figura serena y apacible de Adam padre del humano linaje, y tuvo que caer en la idolatría. Por esto elevó al apoteosis á los seres finitos y hasta el atributo humano de la fuerza inmolando en las aras de su ignorancia y de su fanatismo hecatombes de sangre humana. La ley de la contradicción fué sin disputa la que, en los tiempos primitivos y que casi se pierden en la noche de la oscuridad, estableció la idolatría de la familia, la idolatría del padre, representada por el jefe de la familia misma. La ley de la contradicción fué la que estableció la idolatría de la fuerza en los tiempos Asirios, idolatría sangrienta y opresora representada por el Dios Belo. La ley de la contradicción estableció la idolatría de la teo-

eracia en la antigua Caldea, personificándola en el sacerdote, así como produjo la idolatría de la herencia, representada por los faraones egipcios; como forjó la idolatría de las clases, representadas por los brahmanes de la India, y la idolatría de la ciencia representada por el doctor celeste del imperio chino; y la idolatría de la supersticion representada por el mago de Persia; y la idolatría del sibaritismo social, representada por el fariseo. Esto hizo en el Asia la ley terrible de la contradiccion, como estableció en Grecia la idolatría del arte; y en Macedonia, la idolatría de la patria; y en el pueblo latino, la idolatría de la dominacion, dando á la conquista un Capitolio que vino á tierra, porque la conquista no es el Capitolio de la humanidad; Capitolio gentil sobre cuyas ruinas debia levantarse un Capitolio mucho mayor; el Capitolio que no se vé; el Capitolio ó por mejor decir el santuario de la conciencia, el templo magnífico de la religion cristiana. Esto hizo la ley de la contradiccion en el politeismo griego y romano, como en los tiempos medios estableció la idolatría del territorio, simbolizada en el Señor feudal; es decir, en la horca y en el cuchillo. De la ley de la contradiccion salieron el paria y el sudra de la India, el esclavo griego, el ilota espartano, tambien el siervo de la edad media; ese siervo, ese lamento de siete siglos, que se ha trasformado en el curso de la historia, y se llama hoy menestral. De la ley de la contradiccion, de esa bárbara ley que simbolizando la sustancia nobilísima del espíritu en el señor, y la sustancia material del cuer-

po en el esclavo cree servir á Dios sacrificando al esclavo como si fuera solo materia en honra del Señor á quien supone dotado de un espíritu privilegiado; del caos de esa ley de donde sale el faquir de la India, el cual dejaba petrificar sus carnes para convertirse en la ciencia del Dios Brahma; del caos de esa ley que manda al sunnya que se deje aplastar por las ruedas de un carro en las procesiones religiosas; del caos sin fondo de esa ley de donde salieron la incorporeidad absoluta, el éxtasis absoluto y el maya de la India, la ilusion, el vacio, la nada, una nada atea, una nada que no era la nada, porque era un infierno poblado de genios destructores; del fondo de aquel caos, salieron tambien, formando alcurnias y linages, el noble y el plebeyo, el fuerte y el débil, el sabio y el ignorante, las castas y el monopolio. En una palabra, la ley de la contradiccion, la metafísica de los tiempos asiáticos, el éxtasis excéptico de ese negro limbo oscureció el principio de las cosas, el dogma de la creacion, dividió la unidad primitiva del género humano, y pervirtió todas las leyes. Equivocó la idea divina, y tuvo por fuerza que equivocar la idea humana.

Llega la plenitud de los tiempos, viene el Hombre-Dios, el Salvador del mundo, y la tierra oye una palabra que habia olvidado con el ruido y aparato de los cultos idololátricos, la unidad. Desde entonces no hay griegos ni romanos, judios ni gentiles, esclavos ni libres, todos son descendientes de un mismo tronco, todos hijos de Dios, Dios es la unidad infinita y eterna. La naturaleza es

la unidad de los fenómenos y de las formas, el espejo donde se reflejan las perfecciones de Dios. La humanidad es la unidad del hombre, la santa unidad por el amor. La ciencia es la unidad del pensamiento. La fantasía y la emoción son la unidad del arte. La ley de que dá testimonio la conciencia es la unidad de la moral. La fé católica es la unidad del dogma. El trabajo del hombre es la unidad de la industria. El cambio es también la unidad del comercio. Uno es Dios, uno es el universo, uno es el hombre, y la ley no puede ser otra que la unidad.

Esta unidad, reflejo perfectísimo de la causa suprema, reflejo perfectísimo de lo absoluto, tiene que ser por todos los siglos el grande y luminoso ideal á donde se dirija la ciencia del hombre. Esa unidad es el cristianismo. El cristianismo que anuló al paria, al sudra, al faquir, al sunnya, al hebreo, al esclavo, al ilota y al siervo: el cristianismo que suprimió el éxtasis absoluto, la absoluta nulidad de la vida: el cristianismo que abolió la idolatría de Belo, del sacerdote, del faraon, del brahman, del doctor celeste, del mago, del fariseo; el cristianismo que borró la idolatría del arte, de la patria, de la fuerza, de la conquista; la idolatría del territorio y del feudalismo: el cristianismo en fin que disipó las idolatrías del volcan, del astro, de las flores, de las fuentes, de los rios y de los mármoles: sí, el cristianismo, esa ley santa que se llama Evangelio, tiene indudablemente la mision divina de echar por tierra la ley de la contradicción, la ley de las castas, la ley de los ódios, la ley destructora de la

dualidad y del antagonismo, para crear un nuevo mundo; un mundo mas grande; el mundo sin límites de la caridad, que es la ley suprema de la vida, océano de felicidad en el cielo, cumbre de perfeccion en la tierra, corona de la virtud religiosa, fuente perenne de heróicas virtudes sociales, regla y foco de civilizacion, aroma que purifica, bálsamo que cura, fuego que acrisola, vínculo sagrado que une en suave y firmísimo lazo á los padres con los hijos, á los esposos entre sí, al vecino con su vecino, los ciudadanos en el amor de la patria, á las naciones en el amor santo de la humanidad, y á todos los hombres supremamente con Dios.

Veneremos, pues, Ilustrísimo Señor, esa religion sublime que ha revelado el precio subido, el inestimable valor de esa virtud divina: veneremos esa historia magnífica y casta que tantos y tan relevados ejemplos de su eficacia nos ofrece, que ha realizado obras é instituciones colosales á impulso de la caridad: saludemos con respeto á esa civilizacion, que es el esmalte de su corona, su fruto y su victoria; y veneremos principalmente la tumba donde se ocultó, para que de la region misma de la muerte saliera la vida, el que se inmoló por la salud del género humano en las aras de un gran sacrificio de amor. En Oriente está el osario del hombre, las cenizas del mundo antiguo; en Oriente está tambien su resurreccion, el génesis del mundo nuevo. Las pirámides de los faraones son el perpétuo funeral del pasado, el sepulcro de Jesucristo es la resurreccion.

He terminado mi tarea, Ilustrísimo Señor: si he conseguido que fijeis vuestra atencion en un asunto de tanta importancia, cumplidamente satisfechos quedan mis deseos y aspiraciones; porque la ley de la unidad es el principio social moderno: es como ha dicho uno de mis mas predilectos amigos, una industria que constituye la nueva jerarquía del entendimiento, del trabajo, de la actividad y de la virtud; el rescate del antiguo cautivo; la absolucion del antiguo reo; la exhumacion del antiguo cadáver; esa jerarquía nobilísima y en sumo grado humanitaria que será la solucion del gran problema del porvenir.

Para que vosotros, queridísimos alumnos, esperanza de la patria y de vuestras familias, podais ocupar un puesto honroso en el complicado drama, vuestras familias y el porvenir de nuestra amada patria exigen de vosotros que fijeis la mirada de vuestra aplicacion y de vuestro ingenio en el panorama de la ciencia, que tan hermosas y variadas perspectivas ofrece á todo observador inteligente. En el horizonte sereno de las ideas descubrireis todo á lo largo de la inmensa faja de los siglos desde las sublimes teorías de Platon, la armonía del número de Pitágoras, las reglas del raciocinio de Aristóteles, los tres mas altos representantes de la filosofia antigua, pasando por San Agustin, Santo Tomás y San Anselmo, los mas genuinos representantes de la filosofia cristiana, hasta el célebre principio de Descartes, la armonía de Leibnitz y el eriticismo de Kant, tres grandes filósofos de la edad moderna. En el lienzo estensísimo de la historia vereis la

larga procesion de los imperios y de las civilizaciones, y como se suceden los unos y los otros y son dirigidos providencialmente para llenar los altos fines que debe realizar en la tierra la humanidad. Y finalmente en el estudio de la vida práctica del mundo actual vereis sucesos dignos de loor y sucesos dignos de reprobacion, en cuyo criterio y apreciacion os servirá siempre de norma, la regla inmutable de la justicia.

Porque no olvideis, amadísimos jóvenes que para ser sabios es necesario ser virtuosos, como que la virtud es el estímulo mas poderoso de la ciencia; si quereis ser buenos ciudadanos, sed virtuosos, porque la virtud inspira el amor á la patria, á preferir siempre el bien público al bien particular, á no encontrar nada mas necesario que el deber, nada mas estimable que el derecho y la equidad, mas consolador que el testimonio de vuestra conciencia, y nada mas vergonzoso que el vicio. Siendo virtuosos, sereis libres, porque la libertad es compañera inseparable de la virtud; y siendo libres, sereis justos, porque ni los alhagos, ni las amenazas, ni aun las desgracias os harán ceder á la injusticia por poderosa y temible que sea; y siendo justos, en lugar de una aureola de gloria que se desvanece como el humo, os hareis dignos del eterno recuerdo de la historia.

Y vosotros, carísimos compañeros, que estimais la ciencia en cuanto conduce á la virtud, que á vuestra vasta erudicion unis la generosa probidad, no desmayeis en la áspera senda, que habeis emprendido, de aleccionar á esa

juventud, esperanza de la ciencia y de la vida; y vuestros desvelos quedarán recompensados satisfactoriamente cuando esos jóvenes lleguen á ser buenos hijos, buenos padres, buenos amigos, quizá buenos maestros y sobre todo buenos ciudadanos. No olvideis que sois los sucesores de aquellos preclaros varones, modelos de ciencia y de virtud, honra y prez de esta noble y generosa Escuela, que con razon se enorgullece al recordar que sus amados hijos acudian presurosos á las primeras filas para combatir el error y difundir por el mundo las luces de su bien nutrida inteligencia. Sois además miembros del profesorado español, á quien está encomendada la accion universal del sentimiento y de la inteligencia, que tiene á su cargo el ministerio sublime de lo presente, la purificacion y mejoramiento de lo pasado, el fundamento y esencia continua de lo futuro: profesorado que no puede asistir indiferente al drama inmenso de la vida de las naciones modernas, porque dentro de su corazon siente las pulsaciones del amor de la patria y de la ciencia, porque por su posicion tiene que reclamar una parte de trabajo en el gran taller de las investigaciones cientificas y de la mejora de las instituciones.

Para llenar cumplidamente la mision sublime de enlazar una generacion con otra en la cadena de oro de las ideas y de la continuidad cientifica, para cumplir con exactitud los altos deberes de conservar íntegro el tesoro de conocimientos acumulado por los siglos, sostener con honra en sus manos el lema de los adelantos y comunicar

á otros sin reserva la verdad adquirida á fuerza de desvelos, conservada como en depósito en el arca santa de su inteligencia, el profesor, testigo y representante de la tradicion del pasado, tiene que consagrarse solemnemente al servicio del templo de la ciencia por medio del sacrificio de su reposo; guia y pedagogo de la juventud, esperanza del porvenir, debe estar animado, para inspirarle en el jóven corazon del alumno, del nobilísimo impulso de la fé: fé religiosa que asegura una recompensa inmortal al cumplimiento del deber en el tiempo; la buena fé del hombre moral que lleva consigo el galardón en el testimonio de la conciencia; fé científica que alienta al hombre en la difícil y escabrosa subida de las investigaciones. Pero el profesorado español tiene conciencia de sus deberes, llena honrosamente su nobilísima mision y sabe que, si el hombre que carece de fé es incapaz de acometer y mucho mas de llevar á cabo grandes empresas, la fé por el contrario es el vuelo del espíritu que se eleva sobre el horizonte del tiempo y del espacio en busca del cielo clarísimo de la eterna verdad, que la fé es la virtud divina capaz de vencer todos los obstáculos, ó segun la bellissima y sublime metáfora del Evangelio, *de trasladar los montes de un punto á otro como si fueran un grano de mostaza.*

HE DICHO.

X640986152

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA



6403414487

